

ELOGIO DE LA VIOLENCIA

Cada vez más, nuestra generación tiende a fundamentar la vida del Estado sobre unas cuantas verdades sencillas que gozen de validez universal; es decir, sobre bases político-económicas que aparezcan ante los ciudadanos con la máxima claridad y que ofrezcan al mismo tiempo evidente certeza. Estas verdades están destinadas a formar la personalidad del Estado—esto es, su posición frente a los problemas de su tiempo—y a diferenciarle de los Estados vecinos, con los que tal vez posee criterios coincidentes que no llegan a absorber la identidad de todo su sistema.

Esta personalidad contiene la principal fuerza del Estado en el ámbito de las relaciones internacionales. La Historia nos enseña que los pueblos que entraron en el escenario de las luchas entre Estados armados de una personalidad vigorosa, terminaron por conseguir dominio, a las veces total, sobre los pueblos concurrentes. Ello se debe a que la convicción del Estado—infiltrada entre los ciudadanos, obra a manera de aglutinante que les hace adoptar la figura y eficacia de un sólido bloque espiritual sin debilidades ni titubeos.

La principal obligación del Estado es defender su personalidad, de la que emana su fuerza, y que el mismo se ha atribuido en vista de su experiencia histórica. Sólo un Estado decididamente creyente puede mantener su independencia entre los otros pueblos. Las relaciones entre Estados no han llegado todavía a adquirir el carácter de regulación permanente y—en ciertos límites—casi definitiva, a que ha llegado la dirección de las relaciones entre individuos. Probablemente tampoco llegará nunca, principalmente porque no es posible concebir la existencia de una fuerza coactiva, imparcial, en las colisiones entre los pueblos. Por tanto, el régimen de vida entre los estados es el de un perpétuo combate que unas veces se resuelve mediante las armas, otras mediante la lucha cultural y en otras por medio de conflictos económicos. Pero, de uno y de otro, el Estado se halla siempre—o debe hallarse en pie de combate. No hay otra alternativa, para los Estados, que la de dominar o ser dominado.

En tal situación, se comprende perfectamente que un Estado, en posesión de una personalidad acusada, trate de imponerla a sus vecinos; de no hacerlo así, corre el trance de verse impuesta la convicción de los otros. Para el Estado, la violencia exterior es su único camino. «Dios ha dado siempre

decía Donoso Cortés—el imperio a las razas guerreras y ha conducido a la servidumbre a las razas disputadoras». En las épocas de decadencia de los pueblos, aún antes de llegar a la pérdida de su independencia territorial, se han visto siempre tributarios en lo intelectual, en lo económico o en lo religioso, o en todo simultáneamente, formando una manera de apéndice del Estado dominante.

La violencia conduce a los pueblos al camino de su regeneración. Las naciones necesitan de una impetuosa convicción religiosa, política, económica, intelectual, de una personalidad defendida en todos los campos. Porque, en éste caso, la violencia no es una mera función agresiva, sino una fuerza de primer orden creadora de una ambición de expansión que es la mejor defensa. En los pueblos no cabe la transigencia; es una debilidad. No puede una nación contemporizar con los vecinos contradictorios; necesita, cuando menos, conseguir el silencio y el respeto para sus convicciones.

España fué una nación universal cuando paseó la noción del imperio por todo el mundo; cuando impuso su convicción religiosa hasta en los países más lejanos; cuando gozó de una cultura autónoma, operante y española. Es decir, cuando la violencia interior irradió su fuerza expansiva a todo orbe. En cuanto sus propias disensiones interiores restaron cohesión al pueblo, se derrumba toda una obra casi milagrosa de siglos porque falta la unidad de violencia de la Patria. Y es que la violencia no se manifiesta sólo frente a los vecinos, no. Hay guerra también, siempre que el Estado encuentra dificultades en su propio seno, y se obstina, apasionado y heroico, en reducirlos por la fuerza de su íntima convicción, por la atracción de las dificultades a la órbita de su actuar nacional, absorbiéndolas.

Queremos ser, un Estado fuerte, violento. Un Estado que no vacile ni titubee. Un Estado en el que los ciudadanos se sepan defendidos y cubiertos precisamente a causa de su ambición de horizontes lejanos. Con las armas, con la cultura con la economía, nuestro Estado será un Estado preciso y activo dispuesto a la violencia de las armas o al conflicto de las culturas: un Estado imperial, con todo lo que el «Imperio» significa.

LUIS FONTES DE ALBORNOZ

Crónica Internacional

La esperanza que los soviets habían puesto en el sistema defensivo que se apoyaba en los ríos Don y Volga, ha quedado desvanecida con la toma de Rostov. Es elemental que con la conquista de esta ciudad se anula la posibilidad de resistencia en dicha línea defensiva, pues se ha tomado su extremo apoyado en el mar Negro. Con esta operación se abre un periodo decisivo para la campaña del Este; las posibilidades estratégicas que se definen para un futuro cercano son del mayor alcance; interceptar el Volga, uno de los principales medios de comunicación; liquidar la ocupación de la Cuenca del Don al haber sido desbordada la línea que este río constituye junto con el Volga, y amenazar ricas zonas petrolíferas. Si fijamos la atención en otro escenario de guerra, el Norte de Africa, vemos que la intensa acción inglesa desarrollada con el propósito de trasladar el centro de gravedad de la contienda, o cuando menos, crear uno nuevo que contrarreste el metódico y feliz desarrollo de las operaciones en el frente del Este, ha tropezado con una réplica que le resta a la ofensiva británica el factor valioso que es la sorpresa. Se ha dicho que la batalla en Africa, por darla elementos blindados, se la podía comparar con una batalla naval cuyo desenlace puede ocurrir en pocas horas; los hechos vienen a dar un rotundo desmentimiento a tal apreciación. Una columna inglesa, aprovechando que las fuerzas alemanas e italianas tenían su atención fija sobre Sollum, Tobruk y Jara-bub, ha conseguido adentrarse por el desierto y tras larga marcha conquistar el oasis de Gialo y Augila, a distancia de unos 200 kms. del golfo de Sidra, punto en que terminó el avance del general Wavel el año pasado.

En la cancillería del Reich ha tenido lugar el acto de ratificación y prórroga por cinco años, del pacto contra el Komintern. Se dice que desde el congreso de Berlín dispuesto por el canciller Bismarck en 1878, nunca se había reunido en esta ciudad tanto número de ministros y representantes extranjeros. Por el texto del protocolo de prórroga se prolonga por cinco años el pacto, a contar desde el 25 de noviembre de 1941. Se han adherido al acuerdo otras siete naciones europeas. Nuestro Ministro de Asuntos exteriores, señor Serrano Suñer, asistente al acto, en el discurso por él pronunciado observa que «como natural consecuencia de aquella hermandad (se refiere a la amistad alemana durante nuestra guerra de liberación), España, desde la iniciación de la gran contienda en que Europa se debate, no pudo adoptar la postura fría e indiferente de país puramente neutral y declaró la no beligerancia, fórmula de un nuevo derecho internacional pragmático».

Nuestra mejor conmemoración

No queremos un duelo para ellos, para nuestros Caídos, que sea estéril y flojo; un duelo de lágrimas y entristecimiento. No cuadra con nosotros esa manera de sentir. No es nuestro estilo ni queremos que lo sea nunca. Nosotros queremos un duelo sin pantomimas de dolor, un duro duelo, duelo de pelea y de esperanza, un duelo, no con campanas que llamen a muerto; un duelo con campanas que llamen a rebato; no de cirios y crisantemos; de laureles y espadas; no de pisadas silenciosas; de retumbar de botas, que es lo que ellos nos dejaron entre manos; «Un destino de guerra, en el que hay que dejarse sin regateos la piel y las entrañas» y al que no le guste éste destino, al que tenga el corazón demasiado estrecho para gustarle, al que quiera toda su vida para no vivir—que solo sabe vivir quien está dispuesto siempre a saber morir,—ese, que no se nos acerque, es mejor; ni lo queremos si nos hace falta para nada. Tenemos esas centurias de muchachos con cuatro pelos en la barba que nos están pidiendo a gritos las armas, centurias hechas con sangre de ésta bendita España nuestra que sabrán hacer a los que se quedaron por esos campos de Dios con el pecho partido y un grito de fé en los labios el duelo que se merecen, un duelo de lucha y de tirar adelante, arriba, arriba siempre, con la Patria a cuestas. Que los huesos de nuestros muertos se estremezcan de júbilo viendo que estamos enamorados del mismo afán que ellos. Porque si nosotros fuéramos tan casquivanos que nos perdiéramos en verbenas y en pamplinas, mereceríamos, es la verdad, camaradas, es la verdad, que se levantaran de sus tumbas para echarnos a patadas.